

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR: JOSÉ ORTEGA MUNILLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MESONERO ROMANOS, NÚM. 31

9 DE ABRIL DE 1894

PRECIO DE ESTE NÚMERO
10 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA



L.R.C.

UNA SORPRESA.—¡Oh, la dulce amenidad de los campos! ¡oh el descanso de las tareas de Semana Santa! ¡oh, la...! (Pausa y mirando al foro izquierda:) ¡¡¡Oh!!!

Ayuntamiento de Madrid

CUENTO INMORAL

La oportunidad y la resolución—decíame aquel terrible doctor en filosofía práctica—han sido siempre cualidades distintivas de los hombres cuyos hechos resaltan sobre el tejido de la historia. Quien pierde un instante, todo lo pierde. Sé cierto maravilloso sucedido, y lo referiré para comprobar de lleno esta verdad, tan grande como olvidada.

Un mozo de ilustre progenie y refinadísima educación, pero enteramente arruinado por las locuras de sus padres, ocultaba su miseria entre el bullicio de populosa ciudad. Careciendo de ropa decente, salía al oscurecer y se deslizaba avergonzado, pegado á las casas, procurando que no le reconociesen los que en otro tiempo eran amigos de su familia. Veía pasar trenes suntuosos, caballos de raza regidos por hábiles ginetes, gente regocijada y vestida de gala; oía salir de los cafés y de las fondas y de los círculos torrentes de luz, choques de cristal y carcajadas locas; deteníale la ola de la multitud al entrar en los teatros, y á veces le sorprendía el soplo glacial de la madrugada, atisbando á la puerta de palacios donde se celebraban saraos espléndidos, y le encendía el corazón la silueta de las mujeres que, descubierto el dorado moño y subido hasta la barba el cuello del abrigo forrado de cisne, apoyaban ligeramente su diminuto pie calzado de raso en el estribo del coche. ¡Qué sufrimiento, tener que desviarse del farol para ocultar el sombrero grasiento y la raída capa, las botas torcidas y la camisa de menos que de dudosa limpieza!

En tan críticas situaciones, cualquiera que sea la cultura moral del individuo, creed que surge en el alma una protesta enérgica y ardentísima contra la injusticia de la suerte. Tratadistas hay que aseguran que todo hombre nace propietario y ladrón; pero esta desolladora observación clínica de la naturaleza humana es más verdadera que nunca si se aplica al individuo que se crió rodeado de bienestar, y á quien ese bienestar impuso necesidades incompatibles con la estrechez. De carácter recto y sentimientos delicados; empapado en las nociones del honor y de la probidad, mi héroe—á quien llamaré Desiderio—notó con sonrojo que la codicia furiosamente se despertaba en su alma, y que al pasar por delante de las tiendas de los cambistas, sin querer calculaba los goces que representarían para él aquellos montones de oro y plata, y aquellos billetes de Banco sembrados á granel en el escaparete. Pensamientos que le afrentaban; ansias que se apresuraba á rechazar con ira; vergonzosas sugerencias; instintos brutales de apropiación violenta y súbita, le perseguían sin tregua, y en la deshecha borrasca de su espíritu ya se veía perdiendo lo único que le restaba de la dignidad de su originaria condición social: el honor vidrioso y exaltado. Y además, perdiéndolo sin fruto, sin ventaja alguna, pues mientras manchaba su imaginación, continuaba envuelto en la capa raída y arrastrando por las calles las innobles y tuertas botas.

Una noche, mientras Desiderio daba vueltas en el camastro esperando vanamente el sueño porque le desvelaba el estómago vacío, el cuartucho se iluminó con sulfúrea luz, y á la cabecera del pobrete se apareció el diablo... ó por mejor decir su diablo; lo que para Desiderio era realmente el espíritu maligno—llámese Satanás ó Eblis;—el mal que en aquel instante actuaba sobre el alma de aquel hombre. El ángel rebelde sonreía, y trazando un círculo en el aire con su dedo índice, incluso en el círculo y llenándolo por completo se dibujó instantáneamente una gigantesca, abultada, amarilla y fulgentísima onza de oro.

—¿Quieres poseer, quieres gozar?—preguntó el tentador á Desiderio.

—¿No lo sabes?—respondió el mozo afanosamente.

—Pues escucha. Hace cinco siglos yo te haría firmar con tu sangre un pacto donde declarases que me vendías tu alma por los bienes de la tierra. Hoy todo ha progresado, hasta la fórmula de los pactos diabólicos. ¿A qué comprar almas que ya se entregan? El contrato es libre; eres dueño de romperlo á cada instante. Quedas en posesión de tu albedrío; puedes sacudir mi yugo con sólo resignarte á eterno trabajo y á perpétua miseria. En cambio yo te ofrezco el medio de saciar tus apetitos. Cuando al pasar por sitios donde rueda el oro y se ostentan las riquezas quieras tender la mano y apropiártelas, serás invisible: los poseedores notarán que han sido robados, pero se volverán locos sin adivinar ni averiguar por quién. Como soy leal y no engaño nunca (digan lo que digan los necios), te añadiré que habrá un momento—no puedo advertirte cual—en que perderás el privilegio, y podrás cogerte infraganti y con las manos en la masa. Ese momento será muy corto: llamémosle la hora de Dios: en cambio los años del demonio, si los aprovechas, te habrán

permitido vencer en opulencia á los nababos y á los rajás de la India. Sé diestro, decidido y cauto y el porvenir te pertenece.

Apagóse la luz; borróse el relieve de la gigantesca onza; y Desiderio, aturdido, dudando si la calentura de la debilidad era la que le obligaba á soñar disparates, vió amanecer y se levantó febril. Apenas se echó á la calle volvieron á atormentarle las palabras del Maldito. Es decir que con un impulso de la voluntad; con sólo transformar el acto en deseo, podía inmediatamente satisfacer sus antojos, apurar las alegrías de la vida. Precisamente pasaba entonces delante de una joyería, en cuyo escaparete chispeaba una *riviere* de chatenes gordos como avellanas. Si se apoderaba de ella, el botín representaba una fortuna. Pero ante todo ¿en realidad no podrían verle cuando echase mano á la alhaja? Era preciso saber si mentía el diablo, si había querido sencillamente burlarse de un infeliz.—Entró Desiderio en la tienda, y notó con asombro que los dependientes no dieron la menor señal de haberle visto, ni se movieron de su sitio, ni levantaron la cabeza al ruido de sus pasos. Desiderio avanzó, acercóse al escaparete, descorrió el pasador de la vidriera, alargó la diestra, tomó el estuche... Los dependientes, como si tal cosa.—No cabía duda; no le veían; estaban cegados por mágico poder; ni se les ocurría que un hombre andaba por allí, dueño de las preciosidades que juzgaban resguardadas por el vidrio. Desiderio sentía bajo sus dedos los brillantes, y comprendiendo que podía llevarse los impunemente. De pronto los soltó, exhaló una especie de gemido... Le parecía que las soberbias piedras le abrasaban las yemas de los dedos.

Desde aquel minuto vagó como alma en pena, y sufrió como un condenado, probando todas las amarguras del delito sin recoger su precio. Los principios mamados con la leche, espectros de un pasado de caballerescas altivez y de imaculada honra, se aparecían, le paralizaban. Hambruno de la codicia, como el otro lo fué de la venganza, asesinábale la indecisión, y habiendo perdido su estimación propia al notar la continua tendencia de su voluntad hacia el atentado, no granjeaba los apetecidos bienes porque se lo impedían vallas invisibles, telarañas morales interpuestas entre el propósito y su realización. Y así pasaban días y días, y Desiderio continuaba acongojado, perplejo, famélico, haraposo, miserable, triste, envidiando y no poseyendo... y al paso que con la imaginación pecaba á cada minuto, con las manos no se hubiese resuelto á tomar ni un alfiler, ni un confite, ni una flor...

Sin embargo, un día en que no había comido nada, en que la vista se le nublaba y las piernas le temblaban negándose á sostener el cuerpo, Desiderio, ante el escaparete de una pastelería, sucumbió por fin. Entró, tendió la mano, asió una morella reluciente y olorosa, le hincó el diente con rabia... Y al punto mismo tuvo la sensación de que aquel era el momento crítico, el fatal momento en que le verían y le echarían el guante y le pasearían por las calles atado codo con codo, entra befa y escarnio... Y así fué: de improviso los pasteleros vieron al raterillo, se lanzaron sobre él, y hartándole de bofetadas y mojicones le entregaron á la policía.

Aquella noche durmió en la cárcel.

—La moraleja del cuento—añadió el filósofo—es que la ocasión la pintan calva, y que no conviene pecar á medias.

—Creo—respondí algo desalentado—que, á pesar de esa moraleja de bronce y acibar, ni en el mundo físico ni en el moral se pierde un átomo de fuerza y de energía, y la larga y valerosa resistencia de Desiderio á las malas sugerencias ya se habrá cristalizado en alguna forma bella.

Emilia PARDO BAZÁN

ROMANO

¿Romano? Si; ó Romanos, si lo queréis decir en griego; pero entonces no digais Sinesio, sino Sinesios también. ¿Y quién fué Romano? Hay muchos que lo saben, pero tal vez abundan más los que lo ignoran, y como para los más son estos artículos, hablaré de mi héroe como si por completo fuera desconocido.

No lo es por completo, pero como si lo fuera, aun para muchos autores que parece que debían tener obligación de conocerle. *Sanctus Romanus veterum melodorum princeps*; así le llama J. B. Pitra al publicar por primera vez (*primam in lucem*) sus *Cantica sacra*, sacados de códices manuscritos del monasterio de San Juan, en la isla de Patmos, en el año del Jubileo pontificio (1888). Se trata, pues, de un santo poeta, *melodo*, y nada menos que principio de los poetas *melódicos*; ó *melodos* se les llamó, por antonomasia. Es Romano el mejor, el más alto poeta cristiano entre los primitivos: *Píndaro de la poesía rítmica* le llama Bouvy, príncipe de poetas Pitra; Krumbacher

opina que debe colocársele como gran iniciador de la poesía cristiana bizantina (1), á la manera que un *Homero* está á la cabeza de la poesía griega, y *Dante* al principio de la verdadera poesía italiana; y luego añade: «La historia de la literatura del porvenir acaso celebre á Romano como el más grande poeta eclesiástico de todos los tiempos.» (*Die Littereturgeschichte der Zukunft wird vielleicht den Romanos als den grósten Kirchendichter aller Zeiten feiern.*—Véase *Geschichte der Byzantinischen Litteratur*.—München, 1891.)

¡El más grande poeta eclesiástico, además santo, y para los más desconocido!—La lectura ordinaria de un aficionado á las letras, aunque sea aficionado también á la devoción, no es fácil que le sugiera noticias de nuestro hombre. Como santo que fué... *Sanctus Romanus*, se os ocurrirá ir á buscarlo, por ejemplo, á la hermosa y muy extensa *Leyenda de oro*; trabajo inútil; aunque estas «Vidas de todos los santos» reúnen los trabajos de Croisset, Butler, Godescard, Ribadeneyra y el Martirologio Romano íntegro, no busqueis allí á nuestro Romano, porque no parece. En el índice general se asegura que en el día 24 de Julio se ha hablado de un Romano... pero no hay tal cosa; en la *Leyenda de oro* se le ha olvidado hablar de ese Romano que, de todas suertes, no sería el nuestro. La fiesta del Romano *melodos* es el día 1.º de Octubre. Excusado es decir que de los ocho San Román de que trata la leyenda ninguno es nuestro Romano. No busqueis tampoco sus himnos, con su nombre, en vuestros Eucologios, *Horologios*, etc. Allí hay rastros de su genio, pero sin su huella. El *Dies iræ*, el sublime *Dies iræ*, sublime á pesar del *jarro de agua crítica* que le echa Renan en su obra póstuma, el tomo v de la *Historia de Israel*, el famoso *Dies iræ* atribuido, y con justicia en cierto modo, al insigne Tomás de Celano, el noble, sencillo, inspirado historiador de San Francisco de Asís, es, á los ojos de peritos como Deutsmann, obra que ha tenido por modelo (*als Vorbild*) el himno de Romano al *Juicio final*. También el llamado «Himno ambrosiano», cuya redacción ha sido con verosimilitud, según Deutsmann, reputada por obra del siglo vi, parece, en parte, como reminiscencia de una poesía de Romano.—Mas pese á estas imitaciones, la gran poesía del mejor poeta eclesiástico no aparece en los libros de devoción, no ya de la Iglesia romana, lo cual se explica por causas generales y algunas particulares y concretas, sino que en el mismo Oriente, en la misma literatura de la Iglesia bizantina, se oscurece pronto la fama de Romano, el cual, con solemne ingratitud, es como desdeñado por los mismos griegos; en los libros litúrgicos bizantinos son preferidos al antiguo poeta cristiano, de más elevada inspiración que todos, los himnógrafos posteriores.—Como caso especial, se menciona el famoso Himno de Nochebuena, de nuestro poeta santo; himno que en Santa Sofía y en la iglesia de los Santos Apóstoles se cantaba en el coro cada año, por Nochebuena, todavía en el siglo xii.

Por lo que toca á la literatura profana, á la que debióse recordar al gran *bizantino*, si no por santo, por poeta, y poeta cristiano, tampoco se encontrará, en los libros que es corriente leer acerca de tales asuntos, noticias ni experiencias lejanas siquiera, las más veces. No acudais á ciertos diccionarios biográficos de literatura ni á ciertas enciclopedias ¡es inútil! Vapereau, por ejemplo, no sospecha la existencia de Romano. Gubernatis, que escribe cerca de dos docenas de tomos dedicados á una *Historia universal de la literatura*; para nada se acuerda del mejor poeta cristiano bizantino; ni le menciona en el tomo de la historia de la poesía lírica, ni copia nada suyo en el Florilegio. Cesar Cantú, que tiene en su *Historia de la literatura griega* muchos capítulos para la decadencia, para las letras greco cristianas, y habla mucho de Gregorio Nazianzeno, y copia sus inspiradas frases de amor ferviente religioso, y trata de Sinesio muy detenidamente, de Romano ni sabe que existe. Yo no recuerdo que Chateaubriand se valga del mérito de Romanos en sus famosos paralelos entre clásicos y cristianos del *Genio del Cristianismo*; en los escritores y oradores extranjeros y españoles que cantan en elocuentes y eruditos párrafos las glorias de la Iglesia cristiana, yo no estoy acostumbrado á oír sonar el nombre de Romano cuando se habla de himnos y cuando se pone por las nubes v. gr. el *genio* de Prudencio...

Romano, en general, es un desconocido.

Gloria y fortuna es de León XIII que *por él y para él*, con ocasión de su célebre Jubileo, los *Analeta Sacra* hayan dado gran publicidad al mérito del poeta eclesiástico insigne. Verdad es que no es por casualidad y sin merecimiento tan buena suerte, pues no es digno de menos quien, como el Pontífice liberal y noble que hoy gobierna la Iglesia, abre los secretos de la Biblioteca Vaticana, es un sabio ilustre como Pastor, para que éste pueda en su

(1) San Gregorio Nazianzeno y Sinesio pertenecen, por la forma, al clasicismo griego, imitado.

Historia de los Papas, honra de la ciencia histórica alemana, defensor del pasado de la Santa Sede, no con apolo-
gias sistemáticas, sino con la verdad... casi desnuda; pues no son muchos los velos que el ilustre profesor de Gusprik echa sobre las fealdades morales de algunos siervos de Pedro.

**

Romano, el mayor poeta de la antigüedad bizantina apenas es conocido, por lo que toca a su vida, más que por una leyenda religiosa que dice de él que: *o horios Romanos*, el santo Romano, vino al mundo en Siria, fué diácono en la Santa Iglesia de Beryto y fué a Constantinopla en tiempo del emperador Anastasio: «Una noche, estando dormido, se le apareció en medio del sueño la Santísima Madre de Dios, y mostrándole un pergamino de los que sirven para apuntar los himnos del coro, dijo: *Labe jarten cai catafague auton*, toma el pergamino y cómelo... Desde entonces Romano se vió favorecido por la gracia con el don de poesía, fué, de parte de Dios, el autor de los himnos de la Iglesia más altamente inspirados, más dignos de una fama que hoy reaparece tardía...

Nació en Constantinopla bajo el imperio de Anastasio, pero ¿qué Anastasio? Si fué el primero, hay que remontarse a los años 491-518, si fué Anastasio II, hay que venir al siglo VIII (713-716). Las opiniones en este punto, de real importancia, se dividen: Christ, profesor de Munich, y en cierto modo Jacobi, se deciden por el Anastasio más próximo a nosotros; Bouby se inclina a pensar que hay que suponer el sueño de la leyenda en época intermedia entre ambos Anastasios; Pitra y Stevenson prefieren creer que se trata de Anastasio el antiguo. Aquí no se puede tratar con detenimiento esta cuestión; hasta decir que me parecen decisivos los argumentos con que Krumbacher, *privat-docent*, en la Universidad de Munich, refuerza la última opinión, fundándose, entre otras razones, en que la leyenda no parece revelar el conocimiento de que existiera un segundo Anastasio; en que Romano, al cantar a la Virgen, no se vale de la multitud de atributos con que la nombra Sergio, himnógrafo de siglo posterior en que el culto de María había adquirido gran preponderancia. Hay más, Andrés de Creta, que vivió entre 650-720 parece ser que imita en cierto himno el hermoso Proemio de Romano; *Psuje mou, psuje mou, anasta, ti cazeudeis; to telos enguidsei...* Alma mía, alma mía, levántate, ¿por qué duermes? el fin se acerca...

Por otra parte, la oscuridad que rodea la historia de Romano, esta falta de noticias relativas a tan notable poeta, no se explicaría, sería de extrañar, dice Krumbacher, si hubiera que suponerle contemporáneo de Juan de Damasco. Entre los escritores religiosos no se explicaría este silencio por pura malicia, pues se trata de un poeta reconocido por santo y que tenía que aparecer simpático a los defensores de la veneración, cada día más exaltada, de la *Theotocos* de la Madre de Dios. De los escritores profanos sólo Suidas alude a Romano o *melódos*; en cuanto a los comentaristas de la poesía religiosa, Zonaras, Prodomos y Gregorio de Corinto, no parece que sospechen siquiera la existencia de tal poeta; toda su atención y admiración la consagran a Gregorio Nazianzeno, Juan de Damasco y Kosmas.

No importa, si Romano aparece aislado tal vez por falta de noticias referentes a sus precursores; si después otros himnógrafos se llevan toda la fama que él merece, los peritos aseguran que el mérito supremo a él le queda. Krumbacher habla del valor objetivo de su obra, representación poética, lírica, sí, pero real, no de pura idealidad personalísima, sino propia para expresar la común creencia, el sueño místico, la epopeya fantástica de todos los creyentes. Para cada fiesta cristiana, para cada momento capital del dogma, tiene Romano su himno, en el cual no eclipsa el fervor lírico, el subjetivo trasporte, la plástica representación que importa señalar para alegría, edificación y entusiasmo de los fieles que han de oír el cántico sagrado. Y al mismo tiempo, aunque los asuntos se los dan hechos la tradición eclesiástica, la fé común, el culto, en ellos brilla su originalidad, su inspiración elevada, su pensamiento y sentimiento profundos.

Léase ahora lo que el citado Bouby, cuya fina crítica el profesor de Munich ensalza, dice de nuestro poeta bizantino:

«S. Romano es el primero de los *Melodas* por el genio poético. Sus obras representan el himno litúrgico, o más bien el drama religioso, en su perfección. Imaginemos al cristiano de hinojos, al monje en oración, al santo en éxtasis: ante sus ojos van pasando las grandes figuras de uno y otro Testamento; ve los patriarcas y los profetas, los oye y medita sus palabras; contempla al Salvador de los hombres y a su Madre, a los apóstoles y a los mártires; asiste como testigo atento y entusiasta a todos estos acontecimientos del pasado cuyo héroe es el mismo Dios. Esta contemplación del mundo sobrenatural excita sus potencias, exalta su mente y su corazón. Prorrumpe en ac-

tos de adoración, de alabanza, de gracias. Si dais al que así contempla, para interpretar lo que ha visto y oído, ritmos fáciles, graciosos, armoniosos, populares, y por alimento el fuego sagrado de su genio al incomparable auditorio de las basílicas orientales; si vuestra imaginación puede remontarse a tal hombre, no en Atenas, ni aun en Constantinopla en tiempos de San Gregorio y de San Crisóstomo, sino en Bizancio, en el verdadero Bizancio de los Bizantinos; si le veis subir al *ambon* (púlpito, en el coro) de Santa Sofía en *Nochebuena*, después de un sueño milagroso, y si oís el preludio de su gran cántico

*He parzenos sémeron
ton huperonstion tiktei...*

(La Virgen hoy
lo supersustancial parió;
y la tierra a una cueva
lo inaccesible atrajo...)

no admiréis todavía, esperad hasta el fin, dejad que se desenvuelva la majestuosa serie de las veinticinco estrofas *tropaires*, dice Bouvy). No juzguéis siquiera por un solo cántico, seguid al *Meloda* en todas las fases del cielo sagrado, desde la fiesta de Esteban, el primer mártir, hasta las solemnidades de las Pascuas, la de la Ascensión y la de Pentecostés, y acaso concluiréis pensando y diciendo que el *crístianismo no debe envidiar a la antigüedad ninguno de sus poetas líricos.*

Y ¿qué nos queda de este gran poeta cristiano? Según el autor de la leyenda produjo cerca de mil composiciones (*contaquias*), pero aunque esta suma sea exagerada, si, como dice Krumbacher, poseemos todavía, a pesar de la gran pérdida que hay que lamentar de tan interesantes producciones, cerca de ochenta himnos, supone esto una actividad poética considerable.

**

Aun después que por la imprenta se divulguen los himnos de Romano, y aun después de que sean traducidos (con lo cual perderán infinito), es probable que su fama no se extienda todo lo que fuera justo. Lucha, primero, con el *misoneísmo*, odio a lo nuevo, que en materia de celebridades es evidente; los apologetas de púlpito, revista y periódico, han de acostumbrarse difícilmente a salir de los tópicos seculares de sus alabanzas para admitir al lado, por lo menos, de los Nazianzenos, Prudencios, etcétera, etc., a este nuevo poeta cristiano.

Pero además, ha de perjudicar no poco a Romano el pertenecer a la literatura *bizantina*, la cual, fuera de unos cuantos nombres que, gracias a la Iglesia, han recibido absolución general, lleva consigo cierto estigma de inferioridad que los más no se explican ni saben en qué puede consistir, pero que ha pasado en autoridad de cosa juzgada por la gran jurisprudencia popular de las *frases hechas*. Hoy se llama *bizantina* a cualquier cosa que se quiera despreciar como decadente, viciada, de poco momento y de complicación inútil, y en arte, en poesía, en historia, en política, en todo, se juzga en montón, por una palabra y con una palabra, cosas que a veces son excelentes y bien distintas de aquellas con que se las agrupa.

En el arte bizantino, que después de haber estado en auge rechazan ya los más, no queriendo, por ejemplo, que haya influido en la arquitectura de este y el otro país occidental, ha tenido, sin embargo, no poco que aprender e imitar más de un país que hoy desdeña tales relativos orígenes: Bayet, huyendo de exageraciones en uno y otro sentido, reconoce en su *Art Byzantin* (Ed. Quantin), primero: que no ha habido en tal arte la uniformidad constante que se le atribuye, y que ha tenido épocas de ensayo, de desarrollo, de florecimiento y decadencia; además, durante varios siglos, el arte de Bizancio brilló sobre la edad media. La civilización de Constantinopla se extendió hasta muy lejos, por todas partes, y si no hay que ver ni el arte gótico ni el florentino, cuando llegan a su esplendor, como debiendo al bizantino su gloria, tampoco se ha de negar, en justos límites, la influencia de los maestros de Oriente.

En literatura, en filosofía, en ciencias, en la vida política y militar, épocas hubo en Constantinopla de verdadero florecimiento, de vida normal y rica en elementos de cultura estable y sana, como v. gr. bajo la casa macedónica (867-1057).

El bizantinismo vale más estudiarlo, para hacerle justicia, que considerarlo sólo con una palabra que es un sambenito, y a los más les ahorra todo género de investigaciones.

No se olvide que *bizantina* es, en su última forma, la llamada *actual*, la legislación que ha sido y es en gran parte como una especie de derecho *universal*, racional, en la civilización a que pertenecemos; pues el derecho romano *bizantino* es el que inspiró muchos códigos actuales europeos, los americanos, como el famoso de Livingston, y es la ley que rige todavía en gran parte la vida civil de pueblo tan importante como Alemania. No se olvide que la religión cristiana misma es en gran parte *bizantina*

por sus dogmas, por sus concilios, por sus liturgias, por su arte, por sus historiadores y apologetas, y por sus poetas como Gregorio, Sinesio... y Romano.

CLARÍN

MADRID

Murió la compañía de ópera que empezó a trabajar en el teatro Moderno, que decididamente tiene *pata*, apenas había hecho los primeros pinitos, pero este fallecimiento artístico no prueba que el público no guste de la ópera en primavera y si sólo en invierno, sino que el teatro Moderno, por razones especiales de construcción, no es cómodo para lo que los ingleses llaman *firt* y nosotros charla.

La clausura de aquel teatro y mi deseo de aclarar el misterio que envuelve el alejamiento del público del teatro de la Comedia, me han hecho averiguar, aunque con algún trabajo, que las gentes acomodadas que pueden sostener los espectáculos huyen de los que no tienen música intercalada en el texto y de los teatros en que se declara a secas, por una razón que tiene sólido fundamento, y es ésta, aplicada, por ejemplo, al teatro en que funciona Novelli:

—En la Comedia no se puede charlar.

Evidente.

No busque el gran artista italiano otra explicación al vacío que el público hace en su teatro; allí no se puede hablar más que en los entre actos, y teatro en que la gente no pueda hablar de sus asuntos es teatro muerto, como el de la Comedia, por la excesiva pretensión de Novelli, que desea que se le escuche a él solo.

Sepa que aquí se tiene por signo de superioridad la indiferencia por lo que pueda suceder en el escenario; en un estreno *emocional* de Echegaray, cuando los personajes van y vienen en las tablas preparando una situación dramática que espera silencioso el público de buena fé, *viste* mucho la entrada ruidosa en un palco ó el paso crujiente por el pasillo de butacas, con los consiguientes saludos y explicaciones a los amigos que estén cerca, del por qué se ha venido tan tarde, etc. En aquel momento el recién llegado se sobrepone al drama y a Echegaray que lo inventó, y se calza la atención de los demás, cosa siempre agradable a los anónimos.

Sentado ya en su butaca, satisfecha la curiosidad de los demás, el anónimo (ó la anónima) se sumen como un cero en la cantidad total y no resuellan hasta el entre acto inmediato, porque mientras habla Echegaray ó declama Novelli no permite el público cándido que se le perturbe.

De esta tiranía huye cierta parte de nuestro público, precisamente aquella que en mayor cantidad contribuye. Asome Novelli una noche por un teatro de ópera y se vencerá de la verdad de cuanto he dicho. En la ópera hay ruido, la orquesta, la masa coral, y mientras tiple y tenor se dicen ternezas, ó el barítono maldice y el coro jura vengarse, el *firt* se establece de palco a palco, de butaca a butaca, y lo de menos es allí la música por excelente que sea, porque... ¡se habla!

Dicho esto parece inútil añadir que para el público que siente la necesidad de hablar no hay autor que iguale ni supere a Wagner. Es el músico de más *confianza*.

**

Este descubrimiento mío, que reconozco como menos meritorio que el descubrimiento de América, pero que tiene también su miga, puede aplicarse a la explicación del hecho siguiente: el público de que queda hecha mención más arriba ha encontrado muy de su gusto a María Montbazón en la Princesa.

La legendaria galantería española me impide escribir con toda llaneza el juicio que como artista he formado de la Montbazón, limitándome a hacer notar que también da gusto estar en la Princesa, donde se puede hablar, cuando menos, cada vez que el director de orquesta que ha importado la Montbazón empuña la batuta y agita en el aire su soberbia melena, una de las primeras melenas de Francia.

No entra, pues, fácilmente nuestro público por la atención y el recogimiento que exige la declamación sola, y busca, preferentemente, otros espectáculos en que pueda prescindir del espectáculo mismo, por lo cual se inclinará fatalmente por la ópera, la zarzuela y el circo. El bello ideal—y acaso la fortuna de un empresario—sería la importación del teatro annamita, que con sus gritos guturales y sus golpes continuos de *gong* permitiera no ya sólo la conversación en tono medio, sino la charla a toda voz, colmo de la felicidad para quienes necesitan tratar de sus asuntos precisamente en el teatro.

**

NOTAS GRAFICAS

Vos que se han retirado

T. Negro



LUNA DE MIEL EN LOREDAN.

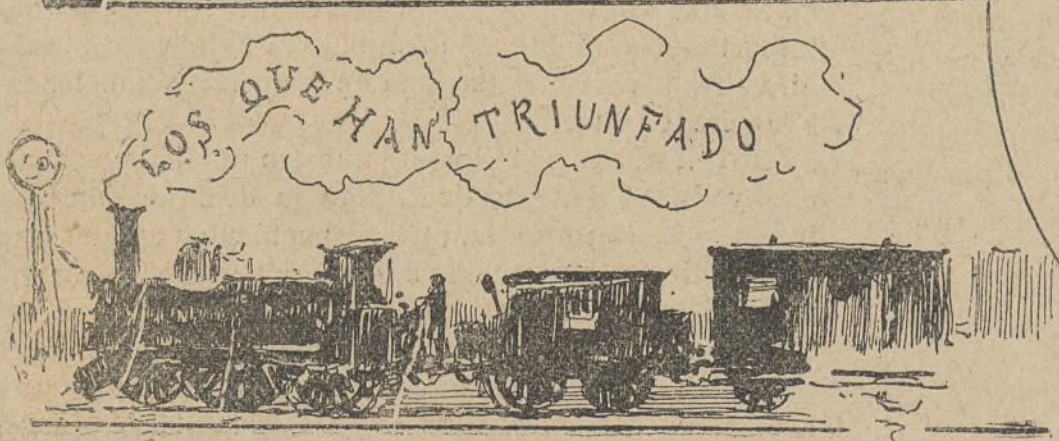
Vos heroes de Andaluze



HAMBRE Y PENDONES

LA ULTIMA OBRA DE SAGASTA
Y LA UNICA OBRA DE
SALVADOR

Los que deben retirarse.



TEMPORADA DE INVIERNO



TEMPORADA DE PRIMAVERA

Ayuntamiento de Madrid

Al fin se consiguió que el Ayuntamiento procediera á la limpia del estanque grande del Retiro, que se había pedido con mucha necesidad porque sólo hacía quince años que no se limpiaba.

Se hizo con toda felicidad el desagüe, y desaparecieron las procelosas ondas en que navegaban los madrileños que se sentían náutas. Al quitarse el agua quedó, como es natural, al descubierto el fondo de cieno decantado en tantos años, y allí sigue.

Si el lector busca qué razones tiene el Ayuntamiento para no haber limpiado el fango, se cansará en vano el caletre, pero yo lo he sabido por un concejal de la clase de pastoriles.

¡El Ayuntamiento espera á que el fango se seque para acabar la limpieza, aunque el tal favorezca el desarrollo de fiebres!

Esto, que parece intriga de los expendedores de sulfato de quinina, no lo es.

La idea pertenece exclusivamente al Ayuntamiento.

¿Dice el lector que era innecesario asegurarlo?

Pues tiene razón y me callo.

Federico URRECHA

Chispas

Terminada su misión,
y puesto el moro en razón,
de vuelta está don Arsenio,
á quien muchos niegan genio,
pero nadie corazón.

Por honrado y por sencillo
mil años de gloria goce
el valeroso caudillo,
á quien no se le conoce
otro vicio que el tresillo.

Y pues su rara virtud
premios no quiso aceptar,
Dios le dé, con la salud,
del pueblo la gratitud,
y la dicha del hogar.

Reniego del teléfono, que trueca
tu dulce voz en grito de muñeca.

En Málaga, hace unos días,
causó estragos un ciclón;
—¿en Málaga? de seguro
que hay mucha ponderación.

Ello había de ser, y el otro jueves
se abrieron las dos Cámaras;
lo que de allí saldrá Shakespeare lo dijo:
¡palabras y palabras y palabras!

En la calle del Príncipe
se hacen comedias
detrás de Recoletos
se exhiben piernas.
Y por más que me aflija
decirlo es fuerza;
gustan más las segundas
que las primeras.

Manuel del PALACIO

DRAMA EXPRES

Lanzado el exprés á todo vapor, rodaba en vertiginosa carrera sobre los interminables rieles, devorando kilómetros y más kilómetros, pasando como una exhalación ante las estaciones, los caseríos, los pueblecillos silenciosos y dormidos á aquella hora, invisibles para el viajero en medio de la espesísima oscuridad de la noche.

El matrimonio gordo y el comisionista flaco que venían con nosotros desde *** habíanse apeado en la última estación en que el tren se detuviera. Y nos habíamos quedado solitos *ella* y yo en aquel compartimiento de primera; cada cual en su rincón, junto á los cristales. Ella inmóvil como una estatua, guardando el silencio altanero de la persona que no quiere conversación y lo da á entender claramente con su actitud fría, impasible. El comisionista había intentado en los primeros momentos entablar palique; pero en vano, la dama no se había dignado despegar los labios, y volviendo la cabeza hacia el oscuro é indescifrable paisaje que se deslizaba como una inmensa mancha negra á derecha é izquierda de la vía, había indicado harto claramente que no gastaba humor de charla.

Era una hembra alta, de buen porte, vestida de negro, con severa, pero elegantísima sencillez, *oitiendo* á mujer distinguida: de sus ropas se exhalaba un perfume suave, exquisito; las manos pequeñas, delicadamente enguantadas. ¿Guapa?... no sé; ni fácil saberlo; un velo asaz tupido cubría las facciones; y las mortecinas luces que titilaban en lo alto del vagón no permitían tampoco sacar nada en claro sobre tal materia.

Hacia ya unos quince ó veinte minutos que estábamos solos, cuando la viajera, en quien acababa de notar visibles síntomas de movilidad, casi diría de agitación, adelantó la cabeza para dirigirme esta pregunta:

—Caballero ¿nos falta mucho todavía para llegar á la frontera?

—De quince á veinte minutos, señora.

Permaneció silenciosa, como ensimismada, durante algunos segundos; miró después á través de los cristales, y luego, encarándose resueltamente conmigo, me dijo:

—¿Quiere Ud. dispensarme un obsequio?

La voz era de timbre armonioso, grato, pero algo velada y temblorosa.

—Mándeme Ud., señora—repuse sorprendido.

—Pues bien... ¿quiere Ud. hacerme el obsequio de... de volverse de espaldas y de asomarse á la otra ventanilla durante un minuto?... Quisiera componerme un poquito antes de llegar á la frontera y...

—Comprendo, señora—dije riendo;—voy á mirar qué tiempo hace y tómese Ud. todo el tiempo que quiera.

Y dirigiéndome al otro extremo del vagón, bajé el cristal y saqué la cabeza afuera, lo cual no me causó ninguna sensación agradable. Un viento frío, fuertísimo, empapado de helada lluvia, me azotaba el rostro en el que creía sentir agudos alfilerazos. El tren volaba en medio de aquella negrura, densa, interminable, salpicada de vez en cuando por un tímido punto luminoso que surgía de pronto para apagarse al instante. Un silencio majestuoso flotaba sobre la campiña dormida, envuelta de misterio y oscuridad, silencio que sólo turbaba momentáneamente el estrépito del exprés arrebatado por su furiosa carrera.

—Mil gracias, caballero...—oí que murmuraba la voz de mi compañera de viaje al cabo de breves momentos.

Volví á mi sitio, después de subir de nuevo el cristal; la dama estaba medio echada en su asiento, y su busto, su cabeza, la actitud de todo el cuerpo, tenían un sello tal de postración que no pude menos de preguntar alarmado:

—¿Se siente Ud. indispueta, señora?

No contestó por de pronto; sus labios parecieron morder el perfumado pañuelo que oprimía entre sus dedos; di un paso adelante, y entonces, haciendo ella un esfuerzo, contestó con voz profundamente alterada:

—No se moleste Ud... gracias... no es nada... un poco de cansancio...

No me atreví á insistir; sentéme en mi sitio, y pocos minutos después llegábamos á la frontera. Apresureme á saltar del coche para ofrecer mi mano á la viajera, que bajó dificultosamente; parecía presa de un temblor nervioso, y al brindarle luego el brazo, que aceptó sin decir una palabra, percibí el estremecimiento convulsivo de su cuerpo entero.

Habíamos dado ya algunos pasos sobre el andén de la estación, cuando recordé súbitamente que en el vagón quedaban mi maleta y la suya: una cajita muy mona, por cierto, oblonga, con chapa de metal, en que había yo reparado cuando la dama subiera al tren.

Hice presente el olvido á la viajera, que, balbuceando contestóme:

—No; yo tengo mi equipaje registrado... no llevo en la mano más que este saquito.

—¡Ah!... me había parecido... entonces, permítame usted que vaya por mi maletín.

Sobre los asientos del coche no había, en efecto, más que mi baulito; investigué con una rápida mirada todo el interior; nada, nada quedaba allí; la viajera tenía, pues, razón, y sin embargo, habría yo jurado...

Reuníme otra vez con ella, y media hora después, cumplidas las formalidades aduaneras, proseguíamos nuestro viaje; ella en un compartimiento reservado de *dames seules*; yo en otro vagón atestado de gentes que se pusieron á roncar como un solo hombre.

«Sí, es ella... no me cabe duda; es aquel rostro bellísimo que pude entrever un momento en la estación de C...; son aquellos ojos negros tan grandes, tan tristes, tan adoloridos entonces... amorosos hoy, acariciadores; es aquella misma boquita que se entreabría para lanzar un quejido, y que dilata ahora una sonrisa... ¡Qué mujer, Dios soberano, qué mujer!... ¿Será su marido ese guapo mozo condecorado que tiene enfrente?... ¿su amante tal vez?... Con que apasionados ojos se la come él... y con que gracia le sonríe ella... ¡Ah, dichosísimo mortal! ¡quién pudiera reemplazarle y ocupar su sitio!

A este monólogo me entregaba ocho días después de mi llegada á París contemplando desde mi butaca de *Varietés* á mi desconocida del exprés, sentada ahora en uno de los palcos, vis á vis de un caballero joven, apuesto, muy correcto y atildado.

—Es muy bonita nuestra compatriota ¿verdad?—pronunció una voz cerca de mí.

Volvíme, y me encontré con Paco Guevarrichea, un español establecido en París desde muchos años, y que goza del inefable privilegio de conocer á todo el mundo.

—Preciosa. Dígame Ud., amigo mío; ¿quién es?

—La condesita de D... Llegó hará una semana para reunirse con su marido, del cual estaba separada desde hace dos años y medio, separada por razón de un largo viaje que el esposo tuvo que emprender á las Antillas, en donde tiene un gran patrimonio y un pleito de importancia que acaba de ganar. Regresó uno de estos días, después de dar cita en París á su consorte por el cable trasatlántico, y pasado mañana se vuelven á España, en pleno recrudecimiento de su luna de miel. ¿Quiere usted saber algo más?... ¿No?... pues dispénsese entonces si le dejo... he visto entrar á nuestro embajador y tengo que hablarle cuatro palabritas... Abur, querido, ya nos veremos...

Y desapareció como un cohete. En aquel momento la condesita volvió la mirada hacia el sitio en que me encontraba; sus ojos se encontraron con los míos, y pude observar en aquel hermoso semblante una súbita palidez, una expresión intensa de sufrimiento, de espanto... Su marido se inclinó hacia ella, solícito, con gesto de alarma, al que correspondió otro gesto de la dama como para tranquilizarle; se pasó el pañuelo por la frente, y un momento después sonreía dichosa, placentera.

Aquella misma noche, Paco Guevarrichea, á quien encontraba de nuevo á la salida del teatro, en el vestíbulo, me decía:

—¿Ha visto Ud. que suceso tan raro cuentan los diarios de la noche, tomándolo de los de nuestra tierra?... El argumento de un drama seguramente, de un drama íntimo. Figúrese Ud. que... y á propósito ¿qué día se puso Ud. en camino para venirse aquí?

—¿Yo?... el 15.

—Pues el 15 precisamente ocurriría eso; ya que el 16 por la mañana fué encontrada la criatura muerta.

—¿Qué criatura?

—Un recién nacido ó poco menos que descubrió un guarda agujas á quince ó veinte kilómetros de la frontera, junto á la vía. Al pobrecito lo habían metido dentro de un maletín y, según presumen las autoridades, fué arrojado desde la ventanilla de un vagón. ¡Qué atrocidad! ¿eh?... A los pies de Ud., condesa... Adiós, Pepe...

Y Guevarrichea se quitó el sombrero saludando á la gentil pareja que salía del teatro y se dirigió hacia el elegante cupé que esperaba en el boulevard.

Juan BUSCÓN

LA LECTURA DEL DRAMA

Había llegado para el novel autor el momento supremo de leer su obra á los actores de la compañía, el paso de papeles, como se dice en la *jerga* de bastidores. Doce días antes, después de grandes contratiempos, de visitas infructuosas y de recomendaciones buscadas por toda clase de medios en los círculos literarios, había logrado leer su drama al primer actor, comediante famoso, que desempeñaba á la vez, de un modo despótico, las importantes funciones de empresario y director del primer teatro de Madrid.

Todavía recordaba el joven literato con terror los detalles que precedieron á esta primera lectura el día en que, á fuerza de paciencia y de humillaciones, consiguió penetrar en el santuario del artista con el manuscrito recién copiado en el bolsillo. Los quince ó veinte minutos de antesala en el despacho salón, adornado profusamente con muebles lujosos y chillones, que pregonaban á mil leguas el mal gusto de su dueño; los *bibelots* de porcelana y las estatuas de bronce que llenaban todas las rinconeras y una buena parte de la habitación; las coronas de laurel y plata, de cuyas anchas cintas de raso se destacaban en letras doradas estas inscripciones: «Al eminente primer actor... en la noche de su beneficio» «El Ateneo de Valencia al insigne artista» «Los abonados de Madrid, al primero de los artistas españoles» etc., etc. La panoplia repleta de toda clase de armas antiguas y modernas, que ocupaba uno de los testers del salón; la brusca salida del gran actor envuelto en elegante batín de terciopelo forrado de seda roja: su saludo frío y ceremonioso; aquel «síntese Ud. y empecemos» la emoción que ahogaba la voz en su garganta cuando comenzó á deletrear con mucho trabajo los nombres de los personajes, y por último, las correcciones formuladas por el actor

al acabar la lectura con un tono seco y solemne de militar con mando, correcciones que dieron por resultado cambios importantes en el desarrollo del argumento, la modificación parcial del acto segundo y la reforma casi total del tercero.

Pero aquellos momentos de tortura, con encerrar tantos recuerdos dolorosos, eran casi insignificantes comparados con el invencible espanto que experimentaba en este momento. El rubor de leer ante una sola persona podía dominarse, pero ahora el miedo era infinitamente mayor, porque sabía que iba a tener enfrente de sí, en semicírculo formidable, una porción de individuos de ambos sexos que le mirarían con indiferencia, casi con descortesía, reparando en el desaliño de su persona, en el precario estado de su traje de siete duros, en la deformidad de su calzado de bazar, agrietado por el roce del pavimento de las calles y descolorido por falta de lustre. ¿Cómo vencer la hostilidad de todos aquellos señores que desde el primer momento habían de acogerle como a un enemigo declarado?...

La sala del teatro, donde debía celebrarse la lectura aquella tarde memorable, estaba sumida en una semioscuridad de cripta que apenas permitía ver las butacas hundidas en largas tiras de lona blanca. Casi a tientas y tropezando con mamparas y *portiers*, el autor se dirigió al escenario, único sitio del teatro donde se divisaban dos focos de luz eléctrica. Allí estaban los actores y las actrices descansando en desvencijadas sillas de Vitoria, a los dos lados de la concha del apuntador. Enfrente de ella, en el centro de la escena, se veía la clásica mesa de pino que sirve para los primeros ensayos y las lecturas, cubierta con su tapete de bayeta verde, salpicado de gotas de esperma y acribillado de agujeros redondos producidos por las quemaduras de los cigarros mal apagados.

Después de los saludos de rúbrica del autor, apenas devueltos por los mal humorados cómicos, éste tomó asiento tímidamente al lado de la mesa, y con la venia del director dió comienzo a la lectura entre el ruido de las sillas que arrastraban los artistas y el martilleo continuo de los maquinistas del teatro que claveteaban en el fondo de la escena los mal seguros tablones de una decoración de magia que la empresa recomponía para divertir al público de las funciones de tarde.

Trémulo y vacilante, el autor leyó de un tirón las primeras escenas, sin hacer pausas, sin marcar los apartes, omitiendo muchas veces hasta los nombres de los personajes, como quien desea llegar pronto al término de una faena dolorosa. En aquellas escenas había algunos rasgos cómicos, frases de efecto y observaciones de mucha delicadeza, pero nadie paraba mientes en estas bellezas, lejos de esto, los cómicos empezaban a distraerse de una manera alarmante, dormitando algunos de ellos arrullados por la voz monótona del lector, entretenidos otros en seguir con interés las idas y venidas de los maquinistas al través del escenario, y pensando los más en sus asuntos particulares, en sus disgustos domésticos, en sus celos artísticos. Ninguno, a excepción del infortunado escritor, se dignaba fijar la atención en aquel pobre drama que moría antes de nacer entre la indiferencia general.

—Descanse Ud. y fume Ud. un cigarro—dijo el director de la compañía al terminar la lectura del primer acto con aquella misma voz imperiosa y dura que pocos días antes había llevado el espanto al ánimo del misero autor. Éste aprovechó los pocos momentos de descanso que debía a la benevolencia del primer actor para serenarse algo, para calmar su angustia, para dominar su sobresalto. La actitud desdeñosa de los cómicos no había pasado inadvertida para él, y aunque esta actitud no dejaba de influir de un modo desagradable en su vanidad de escritor, todavía acariciaba la ilusión de captarse por completo la benevolencia del auditorio, más adelante, cuando leyese las escenas finales del acto segundo, donde estaban las situaciones más patéticas de la obra y surgía el conflicto dramático, naturalmente, sin violencias de ningún género, sin esos artificios teatrales tan frecuentes en las producciones al uso, que sorprenden al público profano con grave detrimento de la verdad y de la verosimilitud escénicas. Animado por tan halagüeñas esperanzas, el autor, mucho más sereno de espíritu, reanudó la interrumpida lectura, dando ya el valor justo a las frases, subrayando los pensamientos delicados, señalando oportunamente las acotaciones necesarias para la mejor inteligencia del diálogo, marcando, en suma, todos los efectos, con el propósito de que ni una sola palabra pudiera escaparse a la penetración de sus jueces. Con gran asombro suyo, nada de aquello conseguía vencer la hostilidad del auditorio, antes al contrario, a medida que avanzaba en la lectura más visible era el aburrimiento de los señores cómicos y más perceptibles sus muestras de indiferencia, que se traducían en sonoros y prolongados bostezos, cada vez más frecuentes y aterradores.

Entonces un sentimiento de angustia indefinible, muy parecido al que debe de experimentar el reo de muerte a

quien se niega la gracia de indulto, se apoderó del ánimo del novel literato. Las letras del manuscrito que tenía entre las manos bailaban ante sus ojos con rapidez vertiginosa, un sudor frío inundaba su frente y comprendió que toda su voluntad resultaría impotente para seguir leyendo. En este instante hubiera dado todos sus ensueños de artista, único capital de que disponía, por encontrarse fuera del teatro y lejos, muy lejos, de aquellos aburridos comediantes que acababan de matar en flor sus ilusiones literarias.

—Ya veo que no tiene Ud. costumbre de leer en público—dijo de nuevo el director de la compañía.—Yo continuaré.

Sin decir una sola palabra, el autor abandonó la mesa de las lecturas, y dando traspies, como un hombre ebrio, fué a sentarse lejos de los cómicos, en el rincón más oscuro del escenario para ocultar a las miradas indiscretas el rubor que coloreaba sus mejillas. El primer actor cogió el manuscrito y prosiguió la interrumpida lectura del acto tercero con toda la solemnidad propia del caso, como si intentara demostrar al literato incipiente la diferencia que existía entre ambos.

Pocos momentos después, por un fenómeno inexplicable, el aburrimiento general que dominaba en el auditorio se apoderó también del autor. Ya no eran los cómicos los únicos a quienes producía un sentimiento de fastidio la lectura de esta obra dramática, sino que él, su propio autor, experimentaba el mismo hastío que los demás, hasta el punto de que tenía necesidad de hacer esfuerzos inauditos para contener los bostezos que acudían a sus labios. Indudablemente, el drama, a cuya lectura asistía como simple espectador, no era el suyo, por lo menos él se imaginaba que todo aquello lo oía leer por primera vez, de tal modo resultaba vulgar, anodino e insulso en la atmósfera glacial que reinaba en el escenario...

Al llegar a su casa, pocas horas después de concluir la lectura, el autor escribía una carta al empresario retirando el drama de los ensayos y pidiendo perdón a los actores por haberlos molestado con su lectura.

Felix G. LLANA

GÉNERO FLAMENCO

Peritos habrá que aprecien las sutiles diferencias que existir puedan entre lo andaluz, flamenco y gitano, tratándose de música y de baile; por lo que a mí toca, y como el principal objeto de estas líneas no es la técnica artística, sino la observación de costumbres, me atengo a la clasificación genérica de *flamenco*, y paso a consignar libre y brevemente lo que tengo reparado acerca de ese arte en los escenarios y tablados andaluces.

La decadencia de lo flamenco es debida a dos causas tan importantes como diversas: a la intrusión de la dramática y a la degeneración de los artistas.

Las obras teatrales desalojan a lo flamenco de su antiguo feudo. La amalgama de lugareños y ciudadanos, con mezcla de forasteros y añadidura de algún extranjero *sui generis*, que solía componer el público de los cafés cantantes, no puede recrearse ahora tanto como antes con la variedad de cantos, bailes y tocatas que entraban en el programa de las funciones.

La fuerte sensación del drama, declamado o gritado por artistas de violentos desplantes y rebuscadas transiciones, así como la ridícula expresión de graciosos imposibles, capaces de arrancar lágrimas al espectador culto, es lo que va privando para distraer al público de referencia. Talía se propone arrojar de dichos lugares a la chulería pintarrajeada y gorróna que los ocupaba.

Los cafés cantantes que aún hay abiertos, suenan a hueco (salvo contadas excepciones); las *pataitas* de las bailadoras retumban tristemente en el tablado; las palmas tienen fatídico son; los jaleadores resultan mortecinos, y el barbián que con áspera voz gargariza con unas *siguiriyas*, estirando el cuello y enseñando la movible nuez en todo su volumen, parece que entona una secuencia del Oficio de difuntos, agregando su afectado sentimentalismo al tanto por ciento de canto llano que en las seguidillas se encierra.

Va desapareciendo de los cafés-teatros la incitante bailadora, y perdiendo, al par del característico traje, la gracia de su baile, adulterado hoy con extravagancias de escaso gusto y movimientos groseramente obscenos para recreo de encandilados ojos.

A los *cantaor*es va sucediendo también una serie de gritadores desentonados que torculan el ritmo para darle falso estilo, y hacen visajes para expelerle de las fauces en forma de nota aguardentosa.

El coro de jaleadores es más estrepitoso que animado, de más ruido que alegría, y apenas si entre este conjunto de flamencos se salva por la habilidad algún tocador de esos que rasguean rúbricas y arabescos, como si fueran laberínticos dibujantes del sonido.

La degeneración del *cantaor* comienza en la *notabilidad* y concluye en el *grotesco*.

Vayan unos párrafos dedicados al más famoso de los decadentes. Le conocí en una populosa capital de Andalucía, cuando fué contratado a alto precio para un café en boga. La afición hablaba constantemente de él antes de que llegara; le ensalzaba con ardor, y sus dignos miembros habían podido aplicarle, sin reparo alguno, la inscripción que la Academia Francesa puso en el busto de

Molière, a quien no quiso conceder en vida los honores de la inmortalidad:

Rien ne manque à sa gloire, il manquait à la notre.

Para conseguir que viniera se le envió un embajador con valiosos presentes. Vaciló un momento el eminente, porque había recibido aviso por escrito de que le *asesinarían* sus émulos; pero al fin se arrancó.

La ovación que se le tributó al presentarse en el tablado fué indescriptible. Atronadoras salvas de aplausos, gritos de entusiasmo, órdenes imperiosas mandando callar para oírle, siseo general para no perder un solo acento. En suma, todas las acotaciones de los discursos de Castelar en sus tiempos tribunicios.

Según los inteligentes el *cante* de esta eminencia era suyo. Pero si pertenecía a su exclusiva propiedad como producto combinado de sus facultades y de su gusto, de su voz y de su estilo, de su práctica y de su sentimiento, no era completamente original. Tenía *tercios* ajenos; que también hay estos tercios, además de los de Flandes, de la Guardia civil, del bacalao y de la lidia taurina.

A lo que pude sacar en limpio, oyendo a sus admiradores, no se trataba de un género puro, clásico; sino de una mezcla de géneros que en vez de asegurar la originalidad, delataban la decadencia del arte. Eso sí, con una gracia particular, *suya*, que era la que le elevaba al pínáculo de la fama.

De él para abajo, se llega descendiendo por la escala decadente hasta los mamarrachos, que también merecen párrafos aparte.

Hay zangano que se sienta en el tablado para destrozar toda clase de cantos y especialmente las *siguiriyas* del sentimiento, desvirtuadas por una genialidad estúpida, que en vez de hacer gratas esas flores de acentuado aroma, cogidas en lo agreste de la naturaleza moral, las convierten en plantas de punzantes espinas, cuyo olor enoja.

Cuando uno de esos poseídos principia su odiosa tarea, exhibiendo lo más amanerado y vulgar del repertorio, hay que echarse a temblar, porque en cosa de media hora da cuenta de toda una familia, distribuida en los varios cantares que larga.

Por lo regular, aparece como primera víctima la madre, la cual agoniza en el lecho, va a la fosa o lleva tiempo de pudrirse en el cementerio. Después sucumbe la novia. El *cantaor* la toma luego con algún otro individuo de la parentela, y no es raro que termine su faena suicidándose como hijo desconsolado o amante inconsolable.

La palabra *muerte*, que con tanta frecuencia entra en las canciones de su predilección, y que debía ser expresada con solemnidad o melancolía en una frase que impresionara profundamente, es para el grotesco un tema de inacabables ejercicios lírico-mímicos. Él la pasa de la laringe a las fosas nasales, la sube a la cabeza, la hunde en el pecho, la asoma por la boca, y no verifica estas operaciones sin arrugar la frente, entornar los ojos, torcer la geta y desviar las mandíbulas, formando con semejante terremoto facial una mueca horrible, verdadera carátula de la muerte que interpreta.

Mas no por desaparecer lo flamenco en gran número de los cafés mencionados se borra totalmente de las costumbres andaluzas. Aun sigue Andalucía contribuyendo a sostener la leyenda que pinta a los españoles vestidos de corto, y pone la pandereta y los palillos en el ara del hogar doméstico, donde son adorados los penates.

Sólo que este paganismo se diferencia sustancialmente del clásico, pues que los dioses del Olimpo no sentían circular la sangre por sus venas, y franqueaban augustos el espacio en tres zancadas, mientras que lo adorado por el flamenquismo siente lava encendida por el torrente circulatorio, y mueve con rapidez y cadencia los pies sobre una mesa de vara en cuadro.

Nuestras divinidades no tienen el gesto olímpico, sino gracioso, burlón, audaz, y el *miste que redios!* suena, acompañado de cóleras y desprecios, desenfados y provocaciones, aun en medio de las formalidades del culto.

Príncipes, viajeros ilustres, renombrados escritores extranjeros han libado el néctar en las copas de cristal, y devorado la ambrosia ensartada en las cañas de los espetones, al ser invitados por la gente rica para oír cantar y ver bailar flamenco en las ciudades y en las costas andaluzas, y ellos serán los trompeteros de su fama mientras haya afición al color local.

F. MOJA Y BOLIVAR

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

Decía Hone que para aprender cuanto se quiera no es menester más que conocer las veinticuatro letras del alfabeto.

Y es por que él había aprendido todo cuanto sabía, y hasta el latín y el francés, con sólo saber leer. No se imaginaba que la mayor parte de los hombres ni aun con maestros adquieren conocimientos.

En la Biblia la palabra *Dios* está escrita 1853 veces; *Jehová* 6.855; *Señor* 1.845, y la partícula *y* 46.227. Las palabras *Reverendo*, *niña* y *abuelo* solo aparecen una vez cada una.

Contiene la sagrada escritura 3.586.483 letras, 774.693 palabras, 31.373 versículos, 1.189 capítulos y 66 libros.

Un curioso rebuscador de estadísticas raras ha observado que en la Biblia se habla 42 veces del perro y ninguna del gato.

MADRID.—1894

Cromotipia y fotografado de L. R. y C.^{as}, S. Bernardo, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Marinoni.

TINTA LORILLEUX

Imprenta de EL IMPARCIAL a cargo de Angel Garcia.



Ya saben Uds. que la convergencia de la luz solar en una lente produce aumento de temperatura;



y que la convergencia de dos leones produce terror hasta en el más sabio.



Pero lo que Uds. ignoraban es que el eminente Papaverácea enfocó el sol africano en su lente y quemó primero una de las colas leoninas



...y luego la otra.



Y que ambos felinos, ignorantes de aquellas propiedades de la lente, se armaron mutuamente bronca achacándose uno á otro la quemadura, hasta finiquitarse.



En vista de lo cual, Papaverácea no tuvo que hacer otra cosa que desollarlos, y llevarse á casa dos magníficas pieles, que á estas fechas, alfombrarán el tocador de su señora, si la tiene.



«¡Atención! Se advierte...» No alcanzo...



«¡Atención! Se advierte que...» Que no alcanzo.



Alcanzaré.



«¡Atención! Se advierte que es muy fácil caerse subiéndose al tonel.»